

La llamada
del silencio

Joe Simpson

Desde aquella épica batalla por la supervivencia en el Siula Grande, relatada con extraordinario dramatismo en Tocando el vacío, la vida de Joe Simpson ha estado plagada de aventuras, pero también salpicada de muertes. El autor ha sufrido la pérdida de amigos de escalada en accidentes que le han hecho dudar del sentido de la peligrosa actividad a la que ha dedicado toda su vida. La trágica muerte de un íntimo amigo le impulsa a tomar una decisión trascendental: ha llegado la hora de dar la espalda a las montañas que tanto ha amado.

Consciente de que nunca estuvo más vivo que en las situaciones de máximo riesgo, elige como catarsis final escalar los más de mil quinientos metros de la intimidante cara norte del Eiger. Su relato, hermosamente triste y de poderosa carga emotiva, ofrece un apasionado recordatorio del precio que pagan los alpinistas por participar en juegos tan peligrosos.

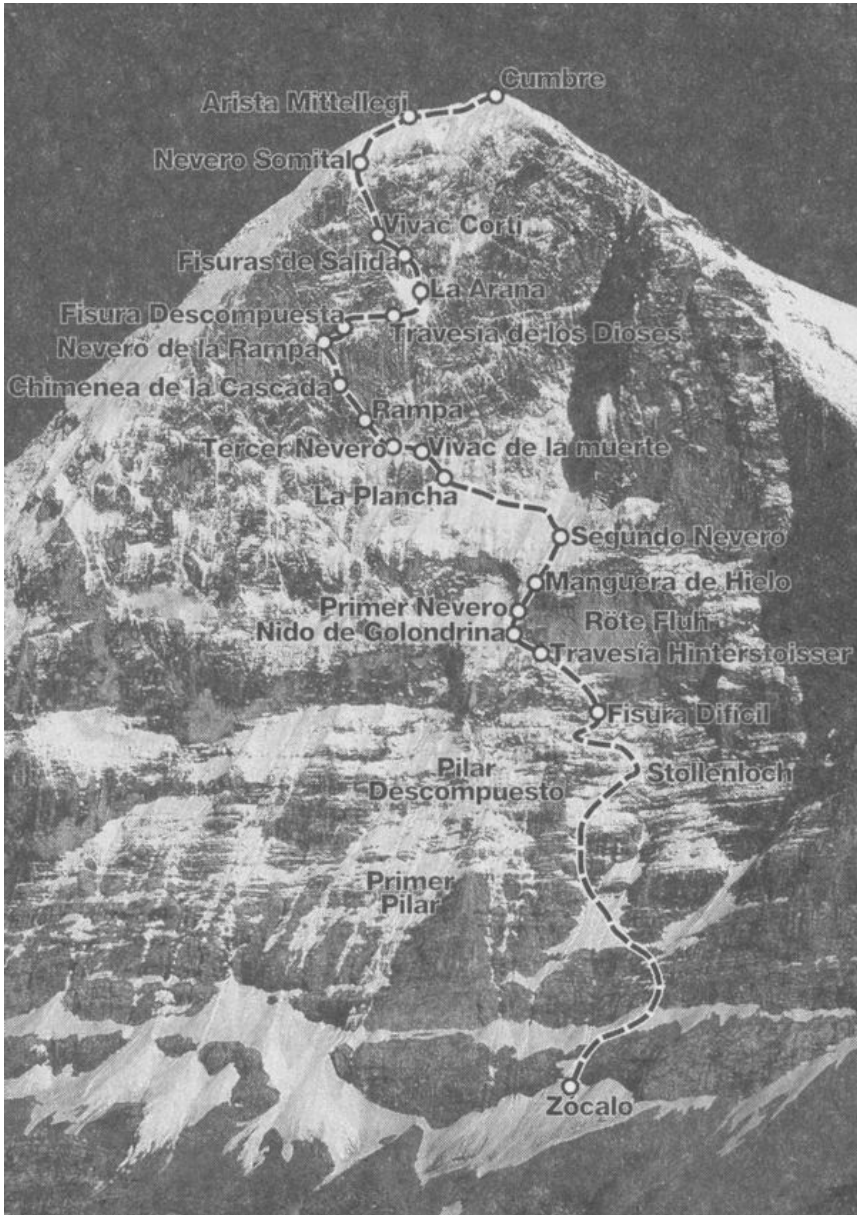
Con una narrativa que sumerge al lector en experiencias extremas, desde el infierno de una avalancha en Bolivia y escaladas en hielo en los Alpes y Colorado, hasta arriesgados vuelos en parapente en España y el enfrentamiento final con la pared norte del Eiger, Simpson explora el paradójico juego entre el poder de la mente que requiere la escalada y la fragilidad del cuerpo. La llamada del silencio es un relato vívido, que resulta al tiempo hilarante y trágico, una exploración del miedo y de la eterna lucha del escalador por plantarle cara.

A Jan «Tat» Tattersall
Te echamos de menos, chaval

Escala si quieres, pero recuerda que
el coraje y la fuerza no sirven para nada sin prudencia,
y que un momento de negligencia
puede acabar con la felicidad de toda una vida.
No hagas nada con prisa; mira bien dónde pisas;
y piensa desde el principio que puede ser el fin.

Edward WHYMPER, *Scrambles amongst the Alps*

A la memoria de Matthew Hayes y Phillip O'Sullivan,
que apuraron su sueño hasta el final.



1. Juegos en terreno peligroso

La capa de hielo era fina y no estaba bien agarrada a la roca. Podía verse cómo corría el agua por detrás, lo que mermaba su consistencia. Miré hacia abajo, a la izquierda, y vi a Ian *Tat Tattersall* que, encogido, pateaba el suelo a pie de vía. Él tenía frío y yo iba más lento de la cuenta. Podía sentir su impaciencia. En principio, el primer largo de *Alea jacta est*, una vía de hielo de ciento cincuenta metros y grado V en el valle de La Grave, en los Alpes franceses, era relativamente asequible. A mí me estaba pareciendo difícilísima y precaria.

Miré hacia abajo, en dirección al lugar en el que había metido mi último seguro: un tornillo, diez metros más abajo, en un resalte de hielo que se estaba fundiendo. Si me caía ahora mi vuelo sería de veinticinco metros, y sabía que ese tornillo no aguantaría. El hielo se haría añicos y el tornillo saltaría de inmediato. La vía estaba, sin duda, en malas condiciones. Más abajo ya había encontrado desde hielo sólido hasta una extraña capa de agua helada sobre una nieve blanda y de aspecto azucarado. Tenía la consistencia justa para aguantar las puntas de mis piolets y crampones, pero ni de lejos para meter un tornillo. Con la esperanza de que el hielo mejorara, había seguido subiendo en diagonal hacia el lado derecho de la pared. Entonces, el hielo empezó a parecerse a la escarcha que se forma en el congelador de mi nevera. Con mucho cuidado, me moví sobre este hielo para entrar en unos muros casi verticales que no me inspiraban ninguna confianza. Aquello no era más que un poingue de escarcha y nieve en polvo sin asentar. Ahora me

resultaba imposible destrepar y traté de no caer presa del pánico. Subí con cautela hacia un resalte húmedo que brillaba con tono azulado, cerca del punto en el que un pilar de roca bordeaba otro muro de hielo.

Al enroscar el tornillo en el resalte observé horrorizado cómo se abría un laberinto de grietas alrededor del agujero. Cuando vi que empezaba a salir agua por las grietas dejé de enroscarlo. Pasé la cuerda por ese seguro e intenté ignorar el hecho de que se tratara de mi primer punto de protección, pues tenía claro que no aguantaría mi peso, y mucho menos un vuelo. Si me caía, sabía que acabaría estrellado contra el suelo, treinta metros más abajo. Miré hacia Tat, pero él no me estaba mirando. Parecía increíble lo solo que puede sentirse uno de pronto.

Ascendía despacio, metiendo con delicadeza las puntas de mis piolets en agujeros donde el hielo se había fundido y cuidándome mucho de tirar de ellos hacia abajo y no hacia afuera. Sentí un escalofrío cuando el pie derecho me patinó al separarse el hielo de la roca, pero por suerte se detuvo. Respiré hondo y volví a subir el pie, metiendo la punta de mi crampón en una grietecilla de la roca. Luego, haciendo equilibrios sobre ella, me estiré para clavar el piolet un poquito más arriba, donde el hielo apenas era una pizca más grueso. Cuando cargué mi peso, el hielo se arqueó al separarse de la roca, y se produjo un chasquido seguido de silencio. Contuve la respiración y tiré, con tiento, del mango del piolet.

La descripción de la vía mencionaba una cascada de hielo casi vertical que se dirigía hacia la derecha. Me vino a la cabeza algo que se cuenta sobre escalada en hielo: que setenta y cinco grados parecen noventa y cuando es vertical parece extraplomada. Me encontraba físicamente fuerte, pero mi entereza mental comenzaba a flaquear. Mi seguridad se esfumaba de manera insidiosa y a una velocidad directamente proporcional a la altura que ganaba. Por encima de mí se elevaba un muro de roca, y el hielo se curvaba

formando un pequeño diedro. Un trozo de cinta roja asomaba bajo una franja de nieve húmeda. «La reunión», pensé con alivio. «Por fin un seguro decente».

Me subió la moral al ver esa cinta y, con delicados movimientos, subí hasta ponerme con las puntas de los crampones en una tira de musgo y tierra congelada. Me asustó que la tierra no se apoyara sobre una repisa de roca, no era más que un poco de vegetación pegada a la pared. Estiré un piolet para pasar el pico por la cinta y tiré con delicadeza. Di un tirón de prueba y aguantó, señal de que el anclaje era sólido. Me relajé y sentí cómo se aliviaba mi tensión.

—He encontrado la reunión —grité por encima de mi hombro.

No me llegó respuesta. Sacudí la nieve que había alrededor de la cinta con la esperanza de que afloraran un par de robustos parabolts. Se me vino el alma a los pies cuando vi dos pitones extraplano metidos sólo hasta la mitad en una fisura ciega. La cinta estaba pasada con un nudo de alondra alrededor de las hojas de los pitones para que hicieran menos palanca. Eché un vistazo rápido para ver si encontraba algún otro anclaje que reforzara esa reunión tan horripilantemente precaria. No había nada. Ni grietas para fisureros o clavos ni hielo decente, pues el que tenía al alcance era demasiado fino y frágil para meter un tornillo.

Miré hacia abajo, entre mis botas. Bajo las puntas de mis crampones asomaba un pilar de roca. Si saltaban los clavos la caída sería ahora de más de cuarenta y cinco metros. Empecé a ponerme nervioso. El ruido de un camión que pasaba por una carretera cercana me impidió entender la voz que me llegó desde abajo.

—¿Qué? —grité.

—¿Estás asegurado? —voceó Tat.

Dirigí la vista a la pareja de clavos y se me hizo un nudo en el estómago. «Esto no mola», me dije a mí mismo con rigidez. «Estamos de vacaciones. Se supone que tenemos que pasarlo bien».

—No estoy seguro —me musité a mí mismo. Luego me asomé y grité—: ¡Vale, Tat! ¡Ten cuidado! ¡El hielo es una mierda y la reunión no va mucho más allá!

—¿Cómo dices? —contestó a gritos.

«Estupendo. No me puede oír».

—¡Sube! —grité, y procuré tranquilizarme pensando que Tat escalaba demasiado bien como para caerse en ese largo. Cuando llegó al último tornillo de hielo y pudo entender mis gritos le conté lo de la reunión.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó.

—Eso creo, pero a decir verdad esperaba encontrar parabolts, así que no sé.

—¿Y por qué no has seguido? —preguntó Tat. Su tono era crítico.

—Llevaba muchos metros por encima de un seguro ya malo, el hielo era horrible y pensé que ésta sería la reunión —dije, molesto con que mis esfuerzos en el primer largo no se valoraran. Sabía que para un escalador del talento de Tat subir eso de segundo era pan comido, pero al menos tenía que haberse dado cuenta de la mala calidad del hielo y de lo expuesto que resultaba por la precariedad de los seguros—. Me ha parecido bastante peligroso —seguí diciendo con cierta petulancia. Me había puesto nervioso y me avergonzaba mostrarme tan pusilánime. Tat seguía sin estar convencido—. Y no me gusta la pinta que tiene eso —añadí, al tiempo que con un gesto de la cabeza le señalaba un diedro vertical de roca de siete metros, cuya pared izquierda estaba tapizada de hielo quebradizo. Lo cierto es que estaba asustado. El largo anterior me había parecido inseguro, y aunque lo había subido bien tenía muy claro que era mucho más difícil de lo que decía la reseña. Las condiciones se estaban estropeando y ese diedrillo tenía una pinta espantosamente precaria—. Creo que la vía no está en condiciones decentes —sentenció, al tiempo que Tat subía hasta ponerse a mi altura.

—No —respondió Tat, examinando el diedro.

—Tendrás que meter un seguro antes de intentarlo —le advertí—. De lo contrario, si te caes, lo harás directamente sobre la reunión —me eché a un lado para que Tat viera los dos clavos extraplanos.

—Dos clavos. ¿Qué tienen de malo?

—Están unidos. No me atrevo ni a cargar mi peso —miré la caída que había hasta el pie de vía—. No aguantarían una caída.

Tat se encogió de hombros. No parecía tan preocupado como yo. «Tal vez yo sea un cobarde. Quizá la cosa no esté tan mal...». Me hacía estos razonamientos, pero el autoengaño no funcionaba. Sabía perfectamente que eso estaba chungo. Yo estaba escalando bien, me encontraba fuerte, pero me asaltaban las dudas. «Confía en tu criterio. Se trata de tu vida».

Le pasé a Tat una cinta de material con tornillos de hielo. Se la colgó en bandolera y empezó a subir hacia la izquierda con una zancada que le permitió clavar el crampón en el hielo. Una plancha grande de hielo crujió, se desprendió de la pared y cayó dando tumbos sobre el pilar. Observé hipnotizado cómo desaparecía en el vacío que se abría bajo mis pies. Me tensé y agarré a Tat por el hombro para sujetarle. Volvió a clavar el pie y vi cómo, anclando sus piolets con movimientos delicados y precisos, cargaba su peso sobre la pierna izquierda hasta poder estabilizarse sobre ella. Examinó el hielo de manera superficial y luego lanzó un piolet. Era evidente que allí no podía meterse un tornillo.

Cambié de postura en la reunión. Me encontraba inquieto. Tat era alto y pesaba por lo menos ochenta kilos. No podría aguantarle una caída sin sobrecargar la reunión.

—Mete algo, Tat —dije yo, tenso.

—Voy a mirar debajo de ese techo —dijo, y me señaló con la cabeza en dirección a un pequeño desplome de roca que sobresalía del diedro—. Es posible que tenga una grieta debajo.

Se superó con elegancia con el piolet derecho y apoyó las puntas delanteras del crampón derecho contra una de las paredes del diedro. El hielo que sujetaba su pie izquierdo se desintegró y sonó un chasquido. Tat resbaló. Tragué saliva, asustado, y me dispuse a detener la caída. Se frenó él sólo y, con toda la calma del mundo, volvió a clavar el crampón izquierdo un poco más arriba.

—Por lo que más quieras, Tat, mete algún seguro.

No dijo nada. La ansiedad me ponía enfermo. Tat estaba absorto con la dificultad técnica del largo mientras yo no podía hacer otra cosa que observar, preocuparme y tratar de no pensar en los clavos de la reunión. Una caída nos mataría a ambos. Yo me estaba poniendo de los nervios. «Esto es chungo. Chungo de verdad». A pesar de ello, no hacía nada. Miraba alelado cómo se movía Tat, casi sin atreverme a respirar, suplicando que las puntas de sus crampones y piolets agarraran bien.

Tras lo que me pareció una eternidad, miré directamente hacia arriba y vi los antizuecos rojos de sus crampones. Si se caía ahora podría venírseme encima y el impacto me arrancarían de esa birria de reunión. Si no me caía encima, su vuelo sería de siete metros, y el impacto iría directamente a mi arnés y luego a la reunión. La arrancarían. La tierra helada no aguantaría el tirón y me quedaría colgado de la cinta que unía los dos clavos. Luego, ambos saldríamos volando.

Sentía un enorme respeto por la destreza de Tat escalando en hielo. De hecho, me dejaba llevar por su criterio, encantado de reconocer su superioridad, aunque a él nunca se lo admitiera directamente. Tenía la sensación de que yo estaba más fuerte y más en forma que Tat, pero él poseía muchísima astucia gracias a su vasta experiencia. Y eso contaba mucho. Escalábamos el mismo grado y yo tenía la certeza de que podíamos valorar lo que estaba a nuestro alcance y lo que no. Esto me ponía ahora en una situación incómoda. Me veía impulsado a decirle inmediatamente

que debíamos bajarnos, que esa vía estaba en unas condiciones muy peligrosas, que era demasiado *difícil para él*. Pero ahora era él quien iba de primero. Era su largo, su decisión, y no me quedaba más remedio que esperar para ver si él llegaba a la misma conclusión. No quería forzar las cosas.

Otra parte de mí quería gritarle que lo dejara. «¿Qué mierda es ésta? No es cuestión de no pasar por el borchorno de abandonar. Tat se está equivocando y a ti te importa más tu precioso ego que tu propia vida. Somos amigos, por el amor de Dios. No hemos venido a jugar a héroes. Díselo. No te lo echará en cara». Seguí callado. Tal vez esa sugerencia tuviera en él el efecto contrario y le animara a seguir. Y eso era lo que yo no quería.

—¿Puedes meter algo? —sugerí, impaciente.

Tat estaba ya a la altura del techo. Tenía el brazo izquierdo estirado por encima de él y la maza piolet agarrada por el mango. Yo alcanzaba a ver que la punta había entrado unos milímetros en una película de hielo pegada a la pared izquierda. Giró la cabeza a la derecha para estudiar qué había debajo del techo. Dejó que el piolet le colgara de la muñeca por la dragonera y, cogiendo un ramillete de fisuros de su arnés, intentó meter un empotrador pequeño en una grieta que descubrió debajo del techo. Estar prácticamente colgado del brazo izquierdo le hacía resoplar. Yo tenía la vista clavada en las puntas de sus crampones para tratar de anticipar el momento en que dejaran de morder. Me preguntaba si el piolet que tenía clavado no estaría sirviendo sólo para permitirle mantener el equilibrio. No aguantaría su peso si cedía el hielo de sus pies. Cuando el fisurero pareció enganchar en la roca le dio un tirón fuerte hacia abajo para encajarlo bien. La segunda vez que tiró se le salió y casi pierde el equilibrio. Solté un taco y estiré mi brazo izquierdo, como si pensara que iba a ser capaz de detenerle así.

—No es bueno —dijo Tat, jadeando—. La fisura es demasiado fina.

—¿Entrará un clavo?

—Lo dudo —musitó Tat, y su voz sonó un poco enfadada. Quería superar el diedro y le quedaban apenas cuatro o cinco movimientos para alcanzar un lugar donde el hielo era más grueso. Un piolet bien anclado en ese hielo supondría pasar a terreno seguro.

Yo sabía lo que le estaba pasando por la cabeza, pero en mi opinión era demasiado arriesgado. Vi cómo se giraba para encararse a la pared que subía a la izquierda del diedro. Agarró su piolet derecho por el mango y apoyó el pico en una diminuta repisa de la pared. Tiró con suavidad al principio y trató de descargar el peso en la herramienta. El pico perdió su agarre y Tat salió disparado hacia atrás. Yo me encogí.

La ira empezó a disipar mi miedo. No se me estaba dejando elegir. «Eso es ridículo. Podemos matarnos. Un resbalón y estamos acabados».

—¡Tat! —no me hizo caso—. ¡Tat! —repetí enfadado—. Basta. No te doy más cuerda hasta que metas un buen seguro.

No dijo nada, pero por el movimiento de su cabeza pude deducir que el ultimátum no le hacía gracia. Se volvió a girar hacia el techo e intentó meter de nuevo el fisurero. Cuando tiró de él se salió. Una lluvia de cristales de hielo le cayó sobre los hombros. Miré hacia arriba y vi que una fina lluvia de partículas de hielo invadía el aire. Sabía que eso significaba que ya daba el sol en la parte alta de la vía y que a partir de entonces ese hielo granular caería de manera continua. No suponía un gran peligro, pero indicaba que las condiciones sólo podrían ir a peor, a medida que el sol calentara un hielo que ya se estaba derritiendo sin su ayuda.

—Puedo hacerlo —dijo Tat—. Son sólo dos movimientos...

—El hielo está en un estado lamentable, Tat. Chorrea agua, ¡por el amor de Dios! —miró por encima de su hombro en mi dirección—. Joder —espeté, ya cabreado—. Si te caes, palmamos. Así de sencillo.

—No me voy a caer, colega.

—No quiero morir.

—No me voy a caer...

—Puede que sí... puede que no —dije, encogiéndome de hombros—. Lo siento. No quiero asumir ese riesgo, ¿vale? No me hace falta.

Tat se giró y estudió con atención el diedro. Que quisiera seguir arriesgando mi vida me enfadó aún más. «¿Qué puedes hacer si insiste? No puedes tirar de la cuerda para que se baje. Nos mataríamos los dos. Si insiste, tendrás que desencordarte. ¡Jesús, díselo!».

—¿Tat? —dije despacio, sintiendo el miedo en mi voz.

—Vale, vale... —dijo con cuidado un paso hacia abajo, descolgándose con delicadeza de su piolet izquierdo. Suspiré de alivio cuando vi que retrocedía. En pocos minutos había vuelto a la reunión, justo por debajo de mí.

—De verdad que lo siento Tat —dije.

—Pensé que iría bien.

—Sí, y yo pensé que los que nos iríamos seríamos nosotros —una lluvia de partículas de hielo me caía sobre los brazos—. En cualquier caso, es demasiado tarde para esta vía. Hace demasiado calor. El corredor de arriba se nos irá cayendo a cachos.

—¿Podemos rapelar de esos clavos? —Tat no me había escuchado. Era consciente de que se sentía defraudado, pero también podía detectar en él un enfado soterrado. A pesar de que conocía lo competitivo que podía llegar a ser cuando escalaba, me sorprendía. Eché un vistazo a los clavos y doblé las piernas hasta cargar en ellos casi todo mi peso. Se cimbraron.

—Quién sabe —dije—, si nos movemos despacio y con cuidado, puede que aguanten.

—¿Puedes meter algo más?

—No —le miré a la cara—. Y a menos que te quieras quedar aquí, desencordado, te vendrás conmigo hasta abajo si se salen.

—Vale —Tat miró la repisilla de hielo costroso sobre la que estaba pisando—. Bien, no me fío de este hielo. Toma —me pasó un mosquetón con una cinta—. Ánclame.

—En cualquier caso —dije, mientras le aseguraba a los dos clavos—, por ahora nunca me ha fallado un anclaje de rápel —le sonreí y él me devolvió una mirada sombría.

—A mí sí. Dos veces.

Recogimos las cuerdas en silencio, las empalmamos después de pasar una por la cinta roja que unía los clavos, nos desencordamos, comprobamos de cuál teníamos que tirar y volvimos a asegurarnos de que estaba bien pasada. Era una rutina que habíamos repetido muchísimas veces. Éramos metódicos y hacíamos las cosas con calma, pero de manera eficaz. Yo estaba intranquilo con esos clavos, pero no dije nada. Habíamos subido por nuestra cuenta hasta ahí y ahora teníamos que apearnos.

—Tira de la verde —dije, y me colgué poco a poco de la cuerda con el descensor bloqueado. Me fijé en los clavos y vi cómo se cimbreaban y luego se quedaban quietos. Expiré lentamente. Tat sonrió al ver mi expresión.

—Vale, tiro de la verde —me contestó Tat—. Ten cuidado, tronco —añadió con voz amable. Yo le miré con ansiedad.

—Tú también —dije. Pasé a su lado, concentrándome en que las cuerdas corrieran con suavidad por el descensor. Nada de tirones ni paradas de golpe que pudieran cargar el anclaje más de la cuenta. La distancia hasta el suelo fue disminuyendo poco a poco. Cuando estuve a veinticinco metros del nevero que había al pie de vía empecé a relajarme. Iba a sobrevivir. Minutos más tarde mis pies llegaron al suelo y me solté de las cuerdas. Di un tironcito de la verde y comprobé que corría bien.